Domingo XIX del Tiempo Ordinario (13-08-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Ser creyente es tener confianza en el Dios que nos ama. Y esto le costó mucho al pueblo de Israel porque este Dios, en el Antiguo Testamento es llamado JAHWEH (que significa *"Yo soy el que siempre está con ustedes*") para poder revelarse tenía que pasar por las costumbres religiosas que la gente estaba habituada a tener en su pueblo, como nosotros también. Nosotros sabemos que Dios es Padre y que Dios nos ama, pero, a veces, no estamos convencidos de eso porque tenemos muchas herencias religiosas que mezclan todo, como tenemos que vivir todos humanos, y siempre hay que ir depurando poco a poco, para ir al centro, a lo más importante de la fe, que es ***la confianza***. Y, entonces, se nos mezclan con muchas cosas que nos dan miedo.

Por ejemplo, los discípulos que están en esta barca y que el Señor les ha dicho que los espera en la otra orilla, resulta que empieza una tempestad y ya están pensando en que se viene el mundo abajo y el cielo se cae… una serie de cosas que estaban en la herencia religiosa antigua de Israel, pero que no eran la revelación de JAHWEH, porque, como ustedes ven, en la Primera Lectura tan bonita del libro de los Reyes (19,9a.11-13a), Elías cree que el Señor se va a aparecer en el terremoto, en la tempestad, en el fuego, en el huracán. Y, ¿dónde se presenta el Señor?: ***En la suave brisa,*** porque JAHWEH es el Dios que es amor, que está con nosotros, que no nos abandona y que, por lo tanto, no nos da miedo, sino que suscita la confianza.

Y la dificultad más grande que tenemos todos es la de ir dejando los "dioses" que nos dan miedo, para ir solamente

a creer en el Dios que nos da su amor y su confianza, que nos ha dado a Jesús y nosotros, además, honramos en las imágenes del Señor de los Milagros y de tantas imágenes que nos muestran que el camino del Señor es el amor sincero, verdadero, entregado. Pero los humanos siempre tendemos a complicar las cosas en la religión, especialmente, los peruanos.

Y, entonces, siempre estamos con miedos: miedo a que voy a comulgar porque y, de repente, estoy en pecado y no me he confesado, y el padrecito se va a molestar porque me ha dicho esto o lo otro y no sé qué… o si es que no hice el gesto, pasé por una Iglesia y no me persigné en la puerta… siempre nos hacemos muchos enredos y, entonces, nos llenamos de costumbres y no vamos a lo principal: la confianza en el Señor para poder hacer, en esa confianza, sus obras de amor. ¿Por qué? Porque quien es amado, comparte el amor; quien es alegre, comparte la alegría.

Y como el Papa mismo ha dicho en la Jornada Mundial de la Juventud: “El Evangelio, que es alegría, hace de la alegría una alegría misionera”, como lo han notado ahora todos los “requeninos” que han visto al alegre diácono Luis Miguel, que siempre está ayudando y alentando a la gente en Requena, acompañando en la diócesis de Monseñor Alejandro Wiesse. Esa alegría que llevamos del Evangelio debe ser aprender todos a tener confianza, no miedo.

Y esto es muy importante porque, a veces, por ejemplo, aprendemos la fe con algunas nociones que tenemos que saber, que se dan en la catequesis, pero la fe no es la catequesis, ese es el adoctrinamiento que tenemos que conocer. La fe es la confianza, aprender a confiar y tener algo así como una fe “sin vergüenza”, es decir, sin miedo. Hay que ser un poco “sinvergüenzas” en ese sentido, confiar, tener confianza en el Señor, o sea, “con confianza y

sin vergüenza". Es una cosa muy distinta no tener vergüenza y ser un sinvergüenza, ¿no es cierto?, pero hay que tener un poco de atrevimiento de confiar en el Señor y de abrir nuevos caminos, nuevas aventuras.

Uno de los problemas de los discípulos en esta barca, según cuenta el Evangelio de hoy (Mateo 14,22-33), es que se llenan de miedo y, en medio de las situaciones difíciles que, en este caso, ante una situación de tempestad, no ven al rostro del amigo. El Señor era su amigo y lo confunden con un fantasma. ¿Cómo puede ser que nuestras creencias puedan ser más grandes que el reconocimiento del amigo? Es como si ustedes están en un problema, ven a su amigo, pero pasan de largo porque están metidos en su problema.

A un amigo siempre se le mira al rostro, se tiene amistad con él de verdad, se reconoce. No se le dice: "ese seguramente que es un fantasma" y me sigo de largo, sino que me paro a conversar con él y le cuento mi problema. Eso es lo que después va a pasar con Pedro, que cuando siente que se hunde porque está metido en toda esa maraña y la tempestad lo está agarrando y él está más tempestuoso que todos, entonces, dice: "¡Señor, sálvame!". Y ahí es que reconoce a Jesús.

Esa es la actitud permanente que hemos de tener todos: "¡Señor, sálvame! Tú estás cerca, a mi lado, ayúdame". Y eso es lo que tenemos que hacer en dos sentidos: 1) personalmente, cada uno; 2) y familiarmente, socialmente, todo nuestro país tiene que manifestar eso: "¡Señor, sálvanos!".

Por eso, los muchachos del Grupo Scout Lima 96 San Judas Tadeo, por ejemplo, son bien organizados, no solamente son individuos, sino una comunidad. Y esa es la comunidad que también nuestros confirmas y los niños de la Primera Comunión están formando: una Iglesia

comunidad en donde comparten, son amigos. Y eso, por que tenemos que hacerlo juntos. Porque, a veces (especialmente ahora, en nuestro país y en el mundo), hay situaciones que nos impiden tener confianza en momentos difíciles, es decir, hay tempestades grandes.

Están viendo ustedes cómo se cometió un terrible asesinato en nuestro país hermano del norte, en Ecuador. Hay gente que quiere introducir miedo a través de las amenazas, de las agresiones, de la violencia. Nosotros tampoco nos libramos de algo así, porque hay esa tendencia a hacer cualquier cosa con la vida de los demás. Y nosotros, entonces, cuando estamos atarantados por esas cosas, tendemos a tener desconfianza en el Señor, nos deprimimos, nos desesperamos y vemos fantasmas. Cuando vemos fantasmas, entonces, vivimos atarantados y no vamos adelante en nada, nos paralizamos.

Hermanos y hermanas, vamos a hacer una pequeña revisión de nuestras vidas, cada uno, para preguntarnos cómo va mi confianza, podríamos decir, como va mi actitud “sin vergüenza” hacia el Señor. Cómo soy confiado, de tal manera que me siento en mi casa con el Señor. Digo eso porque también nosotros, como sacerdotes, en la forma de vivir la Iglesia, durante años, en esta forma “colonial” que ha tenido nuestra Iglesia, a veces, damos miedo a la gente. El sacerdote, el obispo, la Iglesia no está para dar miedo a nadie, estamos para incentivar en nosotros la capacidad de confiar y de crecer, porque el miedo no permite crecer. Uno va creciendo sano cuando le dan confianza.

Es bonito, por ejemplo, en el trabajo de los Scouts, porque todos los chicos, que tienen sus cualidades que se aprecian, tienen su papel, su rol, su tarea y hacen las obras buenas con confianza, sin vergüenza, y eso es muy importante. Por eso, entonces, necesitamos también que nuestro país cambie sus costumbres, que aprendamos a

hacer las cosas porque, apreciamos el valor propio de cada uno, amamos y consideramos el bien de cada uno y no las hacemos porque es un deber que está mandado, lo hago y cumplo. Eso último es una cosa mecánica que no ayuda a nada.

Hermanos y hermanas, hoy día, especialmente, renovemos nuestra confianza en ese Dios que se presenta en la brisa, en la tranquilidad. Por eso, Jesús mismo hacía siempre que su oración fuera en un rato tranquilo, en la montaña. Aquí en Lima no tenemos tantas montañas, pero tenemos lugares especiales, puede ser en una capillita, apartarse a un sitio o ir a una azotea (cuidado de no caerse nada más), y elevar una oración al Señor en silencio, decirle: “Yo estoy pasando por esta situación por tanto tiempo, dame tu fuerza, como se la diste a Jesús, para poder actuar y poder calmar las tempestades”.

Todo cristiano es un cristiano misionero, y decíamos que la alegría es una alegría misionera, es una alegría que penetra en el mundo para mejorar la vida de los demás, no para destruir a nadie ni chancar a nadie. Y, evidentemente, cuando hay que hacer una crítica, se sabe hacer en forma adecuada y justa, sin extralimitarse y sin quedarse callado… ¡Tenemos que decirnos las cosas! Por eso, les recomiendo que cada uno, en su ser personal y en sus familias, y todos como peruanos, nos preguntemos esta semana cómo va la confianza.

Por último, a esto, en los Evangelios, se le llama en las traducciones “la poca fe”, pero, en realidad, es una fe *estrecha*, la fe que tenían los sacerdotes de aquella época que creían que creer, tener fe era obedecer normas y repartir agresiones, advertencias y darle miedo a la gente. Nosotros no estamos para eso y, por lo tanto, salgamos de una fe estrecha que, en el fondo, no nos permite crecer.

Bendiciones para todos, hermanos y hermanas. Que todos nos ayudemos en este camino desde chiquitos, y así crezcamos en la confianza y en el amor para rehacer juntos, con esa confianza, un país mejor, sobre todo, en este momento muy difícil; donde también tenemos una América Latina que pasa situaciones complicadas porque todos estamos desconfiando de todos.

Pidamos al Señor que su paz, su brisa, nos tranquilice y podamos hacer las cosas con conciencia y sin enredos.

Bendiciones para todos.

Amén.